

Teolinda Gersão

El regreso de Júlia Mann a Paraty

TRADUCCIÓN DE MARÍA JESÚS FERNÁNDEZ



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

O Regresso de Júlia Mann a Paraty
Porto Editores, 2021

Primera edición: mayo de 2025

© Teolinda Gersão
© de la traducción del texto, María Jesús Fernández

© de la cubierta, Marisol Salinas
Edición © La Umbría y la Solana, 2025
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-128411-2-1
Depósito legal: M-2459-2025

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Freud pensando en Thomas Mann en diciembre de 1938

9

Thomas Mann pensando en Freud en diciembre de 1930

43

El regreso de Júlia Mann a Paraty

83

FREUD PENSANDO EN THOMAS MANN
EN DICIEMBRE DE 1938

La puerta de la calle tiene el número 20, en esta nueva y última dirección de Maresfield Gardens, en Hampstead, agradable barrio de la periferia londinense. Es una vivienda de dos plantas, donde mi hijo Ernst, con la ayuda de la servicial Paula Fichtl, ha intentado reconstruir el ambiente de nuestra antigua casa de la Berggasse:

Se ha traído casi todo, muebles, cuadros, alfombras, objetos, y sobre todo el diván, con su funda de colores cálidos, para que, en la medida de lo posible, yo me sintiese en el ambiente familiar al que me habitué.

Fue una gran alegría ver llegar mi biblioteca, los libros de los escritores que admiro y los numerosos volúmenes de Psicología, Neurología, Historia Antigua, Arqueología y Antropología, el escritorio donde trabajo, estatuillas de jade, pequeñas figuras de terracota y bronce, mujeres egipcias, chinas y griegas, budas, amuletos fálicos. Salvo por ligeras rozaduras, han soportado bien el viaje, y aquí me parecen hasta más familiares.

Sin embargo, esta no es la casa de la Berggasse 19, donde he vivido casi cinco décadas, ni estoy en Viena, mi ciudad a lo largo de setenta y nueve años y no volveré.

Mi mundo, la Europa central y la cultura en que me formé y que me inspiró, ha quedado para siempre atrás. Austria desapareció el pasado marzo, anexionada a la Alemania nazi y sumida en las tinieblas.

He venido a morir a esta isla inglesa, que me ha acogido y a la que le estoy muy agradecido, cuyo gobierno de monarquía parlamentaria apruebo, pero donde no dejo de sentirme extranjero.

Siempre será el alemán la lengua en que seguiré escribiendo, y sobre todo pensando. Aún estoy unido a la sociedad y al lugar que me persiguió y rechazó, y la prisión que he dejado, a pesar de aterradora, en el fondo seguía siendo amada.

Durante casi toda la vida, a pesar de mi ascendencia judía, sentirme culturalmente alemán era un hecho irrefutable, era parte de mí, sin cuestionamientos. Sólo cuando el país empezó a enloquecer dejé de sentirme alemán, a medida que la locura social avanzaba.

Alemania retrocedió milenios, y se sumergió en una barbarie a la que podríamos llamar prehistórica. Parecía imposible, pero sucedió. A pesar de las grandes obras de Goethe, Schiller, Hölderlin, Bach o Beethoven, a pesar de toda su música, literatura, artes y filosofía, en el momento crucial la cultura falló. Y lo que quedaba de ella, o estaba aún en buen estado, fue violentamente asaltado, en un ataque sin precedentes, y la lucidez, la racionalidad y la ética fueron borradas.

He dedicado la vida a buscar la verdad sobre el ser humano. Creí que, si sabemos quiénes somos, veremos con más claridad y tomaremos las decisiones acertadas.

Pero hoy me pregunto si lo conseguiremos, algún día.

Mi trabajo, por lo tanto, no evitó nada. Los libros que escribí, como los de tantos otros, fueron declarados subversivos y degenerados, y lanzados a la hoguera al son de insultos y gritos, o de un silencio tan pesado que sólo se

oía el crepitar de las llamas. Casi todas las grandes obras acabaron convertidas en ceniza, y a la muerte del espíritu le seguirá el exterminio de miles, o millones, de vidas. Donde se queman libros se acabará quemando a personas, escribió Heine en 1921. Después de la Noche de los Cristales Rotos, el mes pasado, en que miles de personas fueron asesinadas o encarceladas, escuelas, hospitales, sinagogas, tiendas y casas destrozados, otras masacres y campos de concentración van a aparecer, en una escalada de terror sin límites.

La multitud de los perseguidos no tiene fin, y todos forman parte de mi vida. Siento que soy, y siempre seré, uno de ellos.

Thomas Mann no fue tan perseguido como otros escritores. Aunque algunos de sus libros fuesen quemados, siguió publicando en la Alemania nazi, y probablemente fue uno de los menos lúcidos ante el inmenso naufragio que se aproximaba. Por lo que conozco de su vida y de su pensamiento político, supongo que, por mucho que cambie, evolucione, repiense y enmiende, intentando clarificar su posición, nunca estará ella exenta de ambigüedad y de contradicciones.

Thomas siempre me inquietó, desde el principio: estaba a merced del lado más sombrío de su inconsciente, y llevaba sobre los hombros un peso de montañas.

Muchas veces pensé que podría ayudarlo a soportar el fardo, haciéndolo más ligero, si alguna vez me viniese a pedir auxilio. Pero, a diferencia de tantos otros, él siempre evitó encontrarse conmigo, aunque fuese mi lector incansable y me pareciese que deseaba un acercamiento, lo que era implícitamente una petición de socorro.

Sin embargo, era demasiado inseguro, y por otra parte su vanidad era demasiado grande para pedir cualquier cosa. Antes morir de desesperación que asumirlo, fue el lema que nunca abandonó.

Pese a todo tal vez pueda decirse que nos conocimos, a lo largo de los años, leyendo las obras uno del otro. Nos citamos a veces, nos regalamos libros e intercambiamos algunas cartas, aunque en contadas ocasiones.

Me acuerdo por ejemplo de haberle enviado *El malestar de la civilización*, en agradecimiento por su ensayo *La posición de Freud en la moderna historia de las ideas*, que leyó en la Universidad de Múnich en 1926, con motivo de mis setenta años.

Se lo agradecí, pero en realidad consideré el texto con un ligero encoger de hombros, como le confesé sin rodeos en una carta a Lou: Thomas tenía en el cajón un ensayo a medias sobre el Romanticismo y, cuando le pidieron que hablase de mí, lo cogió y le metió dentro algunas nociones de psicoanálisis.

En realidad, Thomas siempre fue inteligente y perspicaz, entendió e interpretó bien muchos aspectos, pero sus conocimientos en la materia, y sobre todo su nivel de desarrollo personal, no le permitían una visión suficientemente profunda de mis escritos.

A pesar de su resistencia de décadas, las circunstancias acabaron, sin embargo, proporcionándonos un encuentro:

Hace dos años, como la enfermedad me había impedido comparecer a un homenaje, él fue a mi casa en la Berggasse para leerme, en un pequeño círculo de familiares y amigos, el discurso «Freud y el futuro», que días antes había proferido en la Asociación Vienense de Filosofía Médica.

Thomas Mann era un nombre famoso y me agradó que lo hubiesen invitado, aunque él no fuese la persona más indicada para hablar de mí.

«Freud y el futuro» supuestamente celebraba mis escritos, y la verdad es que el hilo conductor era acertado. Como en una antigua epopeya, la consciencia vencería al inconsciente, «donde el *Id* reina, debe instalarse el Yo», citaba él, y así, de esa manera triunfal, me situaba en el futuro que adivinaba:

Estábamos al comienzo de una nueva era en que la razón vencería a la irracionalidad, y, desde su perspectiva, yo ocupaba un lugar cumbre en la gran lucha a favor de la ciencia, del progreso y de las luces.

Yo mismo había pensado, décadas antes, que el psicoanálisis tenía todas las respuestas, y que cambiaría el mundo. Así, con cierto optimismo, a pesar de las dudas iniciales, en 1909 me embarqué hacia los EE.UU. con Jung y Ferenczi, en un periplo de divulgación de la teoría analítica. Y de hecho en el «nuevo mundo», donde nos recibieron calurosamente, el psicoanálisis tuvo su primer reconocimiento oficial, y empezó su internacionalización.

Pero nada en la vida es lineal ni sencillo: también hubo aspectos negativos en la forma en que se llevó a cabo el proceso y cómo evolucionó. A diferencia de Jung y Ferenczi, no quise volver a América, mis raíces y cultura estaban en el centro de Europa, y era ahí donde me sentía en casa.

Alemania entró a continuación en una época turbulenta, en el 14 estalló la Primera Guerra Mundial, y dejó huellas profundas. El clima de inseguridad y turbulencia fue creciendo, hasta que el miedo y el caos se instalaron por todas partes. Thomas fue de los pocos nombres de peso que

apoyó a la República de Weimar, y tardó años hasta manifestarse cuando se transformó en la Alemania nazi.

Cuando me visitó en 1936 yo aún resistía y residía en Viena, no podía ni quería interrumpir el trabajo que realizaba, ni abandonar las reuniones con mis discípulos.

No sé si Thomas pensaba en exiliarse, a pesar de que, en su caso, era fácil, y de que tenía los medios económicos más que suficientes para ello. Al final, acabó siendo de manera involuntaria, y en extrañas circunstancias, como, contrariamente a lo que había planeado, no regresó a casa en el 33, después de un periplo literario por algunos países vecinos. Un ensayo que había escrito sobre Wagner, al que siempre admiró profundamente, no le pareció adecuado a la inteligencia burguesa de la «Ciudad Wagneriana de Múnich», que lo repudió en un *Protesto*. Lo que más había exaltado los ánimos fue la afirmación de que el arte del compositor era «el diletantismo elevado a la categoría de genial», aunque aquella fuese para Thomas una afirmación elogiosa, que él tal vez se aplicaría de buen grado a sí mismo.

Irónicamente, no fue por lo tanto la milicia nazi, sino la burguesía «culta» de Múnich, quien llevó a Thomas a vivir por prudencia en Suiza, desde donde ahora se había trasladado, para encontrarse conmigo en Viena.

A pesar de su *Llamamiento a la razón* de 1930 y de otras declaraciones, no sé si él habría llegado a emigrar, si no hubiese sucedido aquel incidente absurdo.

Pero también yo me equivoqué profundamente, pensando que era posible desarrollar y practicar el psicoanálisis en cualquier régimen político. Sólo cuando Austria capituló y vi mi vida y la de los míos amenazada, me vi forzado a abandonar Viena.

El estilo transparente de Thomas lograba en «Freud y el futuro» alguna retórica, por momentos casi grandilocuencia. Señoras y señores, repetía a menudo, mientras leía, es verdad que sin hacer un solo gesto con las manos o los brazos, y manteniendo la misma cara inexpresiva. Pero su voz, sin abandonar el tono monocorde de la prosodia alemana, dejaba trasparecer un entusiasmo que no tenía cabida en su obra literaria.

Era una de las contradicciones en las que caía. Enfatizaba la razón, pero la emoción lo arrastraba, inconscientemente.

Pretendía hablar de mi carrera, pero, como de hecho reconocía, en realidad era a sí mismo, a su experiencia personal y a sus libros donde volvía una y otra vez. Desde su óptica, aquello me favorecía.

No pude evitar, interiormente, sonreír. Sí, pensé mirándolo, se trata del triunfo de la consciencia sobre el inconsciente, pero ¿cómo se puede alcanzar, hasta qué punto y de qué modo? ¿Qué trampas, retrocesos, recaídas, nos permiten (cuando permiten) avanzar?

¿Y qué futuro heroico es ese, que tanto ansía él? ¿Qué mundo de paz y sin odio prevé, desde la realidad turbulenta de este año de 1936, y de los años de angustia y descalabro que lo han precedido?

Aparentemente él me considera, en lo intelectual, un hombre de certezas. Pero, aunque con ochenta años, yo era aún un principiante, un buscador.

Y así es como sigo viéndome, en esta periferia londinense, ahora que estoy un poco más viejo, y mucho más enfermo: con grandes interrogantes, y pocas certezas. Al final de la vida, estoy lejos de dar por concluido mi camino.